

Marcial se encuentra en la calle, tumbado en un banco, porque desde hacía unos meses aquel era su hogar.

Se había venido solito a Madrid en los ochenta, cuando era un crío.

No tenía aún ni los dieciseis, y ya se había puesto a trabajar como camarero.

La razón que le había llevado desde la Línea de la Concepción hasta el madrileño barrio Argüelles, en el que llevaba viviendo veinticinco largos años, había sido una de las más comunes del mundo: los malos tratos en su casa.

Su padre era un bestia que les pegaba palizas a la madre y a los hijos.

Todos los vecinos lo sabían, pero callaban.

La ley del silencio era lo que más le fastidiaba.

Se suponía que todos debían hacer lo mismo llegado el momento, pero a él, que la naturaleza le había hecho enclenque, no le daba la gana.

En realidad, eso mismo que pasaba en su casa, se veía a todas horas en la calle y en el colegio, donde los chicos se liaban a puñetazos y las chicas a tirarse de los pelos ante el mínimo desacuerdo.

Sin embargo desde pequeñito había tenido muy claro que prefería dejarse matar antes de hacer daño a un semejante.

En el fondo se sentía feliz en su fuero interno porque tenía la conciencia tranquila.

Siempre trataba de ser amable, y ahí había radicado su éxito laboral.

La verdad es que nunca le había faltado trabajo hasta la llegada masiva de inmigrantes a la ciudad.

Pero no les echaba la culpa a ellos.

Ni siquiera a sus jefes, dueños de un prestigioso restaurante al que iba a cenar todos los viernes un destacado miembro del Partido Socialista Obrero Español, y también del bar donde él se había pasado diez largos años sirviendo cañas fresquitas y tapas deliciosas.

Sin duda habían sido los cuarenta.

Edadismo lo llaman, y al parecer es el tipo de discriminación que más afecta hoy en día a nuestra sociedad.

A pesar de haberse convertido de la noche a la mañana en un sin techo, moralmente se encontraba bien, por el momento.

De comer no le faltaba porque la gente del barrio, que lo conocía de vista desde que era un crío, y a casi todos les había invitado alguna que otra vez, estaban siendo generosos con él.

Además ya había llegado el mes de mayo, con lo cual lo peor había pasado.

Lo único que le faltaba era una habitación como la que había tenido durante veinticinco años en una pensión de Guzmán el Bueno.

Era su calle favorita y por eso había querido continuar viviendo allí, donde al menos la gente le conocía.

Y no es que el tal Guzmán el Bueno le pareciera ninguna joya.

Muchos de los vecinos, la mayoría, ni siquiera sabían quién era.

A él le habían contado la historia en una excursión del colegio a Tarifa.

Resulta que luchando contra los moros, había ofrecido a éstos una daga para que sacrificaran a su hijo con el fin de demostrarles que ni con esas se rendiría.

Otra cosa que siempre le había irritado profundamente, era la aversión de los cristianos hacia los moros.

En donde él había nacido, por desgracia, quizá porque se encontraban en la frontera y habían pasado muchos siglos en guerra, el odio hacia ellos era brutal.

No es que se estuviera volviendo loco, pero cree que por pretender simplemente ser amable se encuentra allí solo tumbado en un banco.

Marcial está adormilado cuando un sonido familiar le despierta. Era Camarón de la Isla, que lo tenía como melodía en el móvil, ya que el flamenco era su debilidad, por no decir toda su vida, aunque siempre le había gustado muchísimo también el heavy metal.

De hecho si había escogido aquel barrio para vivir había sido precisamente por eso, porque al salir de trabajar podía pasarse por los Bajos de Argüelles y encontrarse en el paraíso escuchando su música favorita.

Aquello, cuando él había llegado, estaba siempre abarrotado. Pero desde hacía unos cinco años la cosa había declinado, porque a los propietarios de los bares les habían obligado pagar una licencia especial, y eso les había arruinado. Lo del flamenco le venía de la infancia, porque su madre tenía familia gitana. De joven no le interesaban ni el cante ni la guitarra flamenca, pero con el tiempo se había ido aficionando, especialmente a cantar.

Como en la casa donde estaba la pensión, la gente que vivía era muy mayor, las vecinas tenían aún el hábito de entonar coplas y canciones populares que resonaban a través del patio, y él se las había aprendido de memoria de tanto oírlas. Luego, poco a poco, por variar el repertorio, había ido recuperando de la memoria las que cantaban sus vecinos cuando era niño.

A su madre, la pobrecita, su padre nunca le había permitido ni cantar ni bailar flamenco con los suyos.

Decía que eran unos malnacidos, y unos vagos. Él era albañil.

Siempre llegaba a casa sucio y malhumorado. A él le parecía que de nada servía trabajar para acabar así, por eso había dejado de estudiar, para no convertirse en un amargado.

Lo único que quería con dieciseis años era una cazadora de cuero como la que llevaban los heavies, los tipos duros por fuera pero tiernos por dentro, que pensaban en melodías, como los antiguos trovadores, en vez de dedicarse a fastidiar al prójimo. Como su padre, cuando le pidió dinero para la chupa, le propinó una paliza con su cinturón, entonces se fue de casa.

Ahora se daba cuenta de que había hecho lo que él quería, para que así su mujer sufriera aún más, como si no tuviera bastante con los insultos y las humillaciones que sufría a diario.

Seguro que su maldito progenitor hubiera deseado que se volviera yonqui, pero, eso sí, de milagro, no lo consiguió.

Al llegar, en plenos ochenta, la heroína estaba tan de moda que era difícil no caer en la tentación.

Sin embargo aquella serpiente del paraíso, aún tras su picadura, no consiguió condenarle.

Tampoco lo logró el alcohol, y ni siquiera las mujeres.

Había algo dentro de él que le hacía permanecer inmune al vicio. Él creía que esas cosas eran innatas, que el que nacía ladrón, mentiroso o violento, había que aceptarlo como era, y en todo caso poner límites a sus instintos, como en el caso de los políticos.

Para él ellos eran los verdaderos malnacidos, y no los gitanos, y menos los que llevaban dentro el mayor arte que ofrece la naturaleza a algunas especies, la canción. Él, si tenía un vicio era ése, el de cantar como los pájaros.

Y también le gustaría volar como ellos, y construir un nido en un árbol de aquella calle en la se encontraba su hogar.

¿Quién me llamará a estas horas?

Marcial acaba de recuperar la fe, y es que a decir verdad nunca la había perdido.

Aunque su padre no era religioso en absoluto, a su madre sí podía considerársela una mujer piadosa.

De no ser por la iglesia, ella no hubiera aguantado la amarga vida que le había tocado, y como poco hubiera tenido que suicidarse.

Siempre decía que le hubiera gustado mucho poder ir a limpiar por ahí, pero su marido se lo había prohibido.

A él le parecía que la misa era cosa de mujeres, de viejas ociosas que llenaban la iglesia del mismo modo que los hombres los bares.

En ambos lugares sagrados, como en una especie de comunión comunista, cada uno de los dos géneros de la especie humana se reunían por separado, unos bebían vino y las otras comían pan para consolarse.

De niño sí que le parecía que en eso del cristianismo se hallaba una gran verdad, la de que todos a priori éramos hermanos, hijos del mismo padre, y que debíamos amarnos como tales.

Luego, tras su época hippie, bohemia y juvenil, fumando porros y bebiendo calimocho, justo cuando estaba a punto de perder la fe, había conocido en el barrio a un hombre que proclama los mismos valores de los cristianos, convirtiéndole a esa nueva religión en la que no era necesario ir a la iglesia, puesto que podía ser compartida con las mujeres en los bares.

De hecho siempre llevaba con él a su hija, la chica más guapa que había visto en su vida y a la que respetaba como si fuera una virgen.

Ella era una de las personas que se preocupaban cada día por su bienestar, yendo a menudo desde que vivía en la calle a preguntarle cómo se encontraba y qué era lo que necesitaba.

A veces, cuando su madre ya estaba dormida, le decía que subiera a su casa.

Como el mundo nunca es perfecto, si la joven tenía un padre del que podía decirse que era un santo, que en paz descansase, además de un hombre apuesto e ingeniero; la madre en este caso parecía la clásica bruja de los cuentos.

Se trataba de una de las típicas mujeres burguesas del barrio, que por haber nacido en una familia con cierto patrimonio, se creía superior a todo cuanto le rodeaba.

Aunque según le habían contado, las propiedades le venían por línea materna, ya que la abuela, una de esas valientes mujeres republicanas, había estudiado y trabajado como boticaria; consiguiéndole a su hija un puesto fijo de por vida en el colegio de farmacéuticos.

Habían tenido tres varones y una niña, Mónica, la pequeña, a la cual la madre siempre había tratado como a la cenicienta del cuento.

El propio padre se quejaba de ello y pretendía hacer que también los hijos ayudaran en la casa, pero su mujer se empeñaba en protegerlos; así que era él mismo el que limpiaba y cocinaba con el afán de ahorrarle pesares a su hija.

Los chicos se habían casado bien, incluso uno vivía en el barrio de la Moraleja.

La chiquilla, que estaba soltera y debía rondar los treinta, estaba acostumbrada a trabajar como una negra, pero aún así no había nunca dejado de estudiar, y era muy activa políticamente.

Según le había contado pertenecía a un grupo comunista que no paraba de realizar todo tipo de actividades, y siempre le venía contando algo nuevo.

Lo raro era que no hubiera aparecido aún por allí, ya que solía visitarle todos los domingos de madrugada cuando volvía a casa.

Verla aparecer sonriente, como ahora es el caso, le permite confiar en la magnanimidad ya no de Dios, sino también del género humano.

Marcial no puede pegar ojo de lo nervioso que está. Hacía años que no tenía relaciones íntimas con una mujer, y le temblaban las piernas pensando en que iba a quedar con una tras tantos años de celibato. Incluso se planteaba ir a rezar a la iglesia del Cristo de la Victoria pidiéndole a Dios que obrara un milagro.

El problema era que eso de victoria le sonaba a guerra, no en vano allí se congregaban, por encontrarse cerca de Moncloa, los fachas del barrio. Aquella era la parte regia de la ciudad, donde se encontraba el palacio presidencial, las residencias militares, el ministerio del aire, el águila sobre un enorme pedestal, el edificio circular lleno de cruces dedicado a los caídos en la batalla de Madrid, y frente a éste el arco de la victoria franquista.

Sin duda los derechistas quisieron mostrar su triunfo y lo llevaron a cabo sin escatimar en gastos.

Aunque el palacio de la Moncloa lo habitaba un socialista, no hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de que en ese barrio se encontraba fuera de lugar. Precisamente allí, en la cafetería de un edificio llamado Galaxia, se había fraguado el golpe de estado.

Y aunque hacía ya treinta años de aquello, el ambiente continuaba enrarecido. Por entonces los pijos se reunían en los bajos de aquel edificio, no en los de Aurrerá, a donde iba él, sino en los de la manzana contigua.

Recordaba que una vez, por curiosidad, se había acercado hasta allí con unos amigos, colándose entre los ricachones, altos y apuestos ellos, rubias y delgadas ellas. Hacía calor aquella noche, pero él llevaba su chupa de cremalleras, de la que estaba orgulloso por habérsela comprado con el primer sueldo que había ganado. Por entonces, aunque le costaba creerlo, solía ligar a pesar de su complexión débil. Las chicas le decían que tenía una cara muy graciosa, además de unos bonitos ojos verdes.

Pero las mujeres, ya por aquella época, bebían demasiado, así que se acostaban con uno y al día siguiente ni se acordaban, a menos que les interesara, y no era el caso. Y es que hasta las que iban de liberadas, vestían de negro y secundaban a los que protestaban a través de la música y los gritos desesperados, en el fondo eran tan conservadoras como el resto.

En cuanto descubrían que vivía solo y no tenía el mínimo contacto con su familia, se esfumaban en busca de un mejor partido.

Sin embargo él estaba convencido de ser mil veces mejor que aquellos con los que se casaba la mayoría, su propio padre el primero.

Luego, cuando llegaban los hijos y los pesares, con ese tipo de hombres fornidos, que estaban muy bien para follar, no se podía contar.

Y había que ver la cara de amargadas que se les ponía luego a las pobres, que incluso después de divorciarse tenían que seguir aguantando sus ataques machistas.

Él, que cuando huyó de su casa creía que era en la única que se cocían habas, a lo largo de su vida se había percatado de que ninguna estaba libre de pecado.

No hacía falta más que ver las estadísticas sobre las mujeres que eran maltratadas y asesinadas para hacerse una idea de la magnitud del problema.

Según Mónica, con la que mantenía largas conversaciones sobre temas de ese tipo, se trataba de una guerra civil mundial librada en el seno del capitalismo, que todavía tendería a agravarse más con el paso del tiempo.

Él, que no participaba de esa guerra desde hacía mucho tiempo, para empezar porque en el mercado de la carne humana su cuerpo no tenía ningún valor, tiembla de miedo y a punto está de convertirse en un desertor.

Marcial espera a la mujer que le había despertado en plena noche para contarle sus pesares, como si fuera la única en el mundo que sufría.

¿Tan inocente era como para ignorar el sufrimiento ajeno?

¿Inocente o ignorante?

Para empezar estaba retrasándose.

Aún encima de haberla consolado, ahora le hacía el feo.

¿Cuántas veces a lo largo de su vida las mujeres le habían dado plantón?

Tantas que sería imposible enumerarlas.

De hecho no hubiera acudido a la cita de no haber ido Mónica a buscarle y acompañarle hasta la puerta de Alcalá.

Era su ángel, sin duda cada uno tenía el suyo.

Ella, casualmente, había quedado también a las doce en el Museo del Prado, así que se habían subido juntos al número dos.

El ruido de aquel autobús era uno de los mayores inconvenientes de vivir en su calle, especialmente en un banco, aunque nunca se había imaginado que un buen día podría transformarse en una carroza de cuento de hadas.

Estaba esperanzado, aunque algo nervioso.

El hecho de que el lugar de la cita fuera la apabullante estatua de Alfonso XII no le hacía mucha gracia, ya que le hacía sentirse ínfimo.

Sin duda ése era el cometido de toda obra monumental, rebajar al individuo.

Se preguntaba si cuánto más miserable era el personaje real, más elevado se encontraba en su pedestal tratando de crear de él una ficción, en este caso monárquica.

Él por desgracia era republicano.

Además allí olía terriblemente a meos.

Estaba pensando si debería llamarla, pero no sabía qué hacer.

Ver pasear a todas aquellas familias le animaba, aunque si uno observaba más detenidamente a cada uno de los que allí se encontraban, podía darse cuenta que se trataba de pobres infelices como él.

Entonces decide pasear un poco alrededor del estanque, imaginándose, cómo no, a los dos en una barca.

El cerebro está lleno de imágenes románticas como ésa, se dice.

Suponía que sería morena con melena, como la mayoría.

Todavía no había perdido la ilusión, creyendo que podría producirse un milagro.

La chica no debía ser religiosa porque aquella era la hora de entrar en misa.

Además los católicos no se quejan, sufren y se aguantan creyendo en la recompensa de una vida mejor en el más allá.

Seguro que Mónica sí había encontrado a su príncipe azul, que estaría esperándola con una rosa en la mano.

Se pregunta si ella nada más verle averiguará que es un sin techo.

Lleva un abrigo de cuero largo bastante elegante que le habían dado las de la caridad.

De hecho nunca antes había ido tan bien vestido.

Por alguna razón se sentía como un personaje de una novela romántica.

Además hacía una mañana espléndida.

El estanque se reflejaba en sus ojos verdes, tan claros y puros que precisamente por eso muy pocas personas estaban dispuestas a mirarse en ellos, pues les resultaban inquietantes.

Uno está acostumbrado a las miradas turbias, que son garantía de éxito y poder.

Ya había paseado un buen rato, así que decidió regresar al lugar de la cita.

A pesar de no encontrar a ninguna mujer con un pañuelo rojo al cuello, decide seguir esperando a su Godot.

Marcial canta una copla que se había convertido en su canción favorita desde que había visto la película homónima de Almodóvar.

Recordaba haber ido a verla al cine con una amiga, Maite, otra que como él había venido a Madrid en los ochenta huyendo de los malos tratos en su familia.

Trabajaba de limpiadora para mantener a sucesivos novios, que le habían chupado la sangre como vampiros.

Simplemente eran egoístas, decía ella para disculparlos.

Todos lo somos, pero a veces los hombres más, especialmente si pueden emplear la fuerza.

Él no, así le había ido.

Tan desesperada se encontraba la pobre mujer, que alguna vez, borracha, le había pedido que le echara un polvo.

Como si aquello fuera una aspirina para el dolor del alma, cuando en realidad lo único que hacía era debilitarla más.

Y es que él tenía clarísimo que todo aquello del sexo por el sexo no era más que un arma entre hombres y mujeres para preservar el odio entre ellos.

Follar no resultaba más placentero realmente que masturbarse, entonces, ¿de dónde procedía toda aquella mitificación del acto sexual?

Ni que no existieran muchos actos placenteros relacionados con el amor.

Una mirada ardiente, por ejemplo, podía excitar más que un mete y saca extenuante con un desconocido, y ya no digamos las caricias.

Para eso nos había dado Dios las manos, para masturbarnos y acariciar.

Claro que la iglesia, la gran multinacional del sexo, que se forraba a base de certificar bodas, bautizos y comuniones, nos lo había prohibido.

A ella le resultaba más lucrativo mantenernos reprimidos y obligarnos a casarnos.

Por eso la gente no debería andarse con tantos miramientos a la hora de amar al prójimo como a sí mismo.

Y ser más tiernos, que para eso en los trabajos ya nos trataban a ostias.

¿A quién podría hacerle daño que alguien se corriera tranquilamente masturbándose tras haberse excitado besando, abrazando y acariciando a la persona amada?

Pues a los que comerciaban con vaginas, los muy asquerosos, pecado del cual ni siquiera los propios curas se libraban.

Ellos, casando a la gente, lo único que hacían era declarar un coño propiedad privada.

Mientras que la polla podría dedicarse a andar por ahí en libertad.

Cárceles y cadenas impuestas por la inquisición seguían llenando el mundo de personas torturadas.

Bueno, ni siquiera se trataba de casarse, porque Maite no lo estaba y había que ver lo que se habían aprovechado de ella los hombres.

Si es que el celibato debería volver a imponerse como práctica de higiene moral.

Él, desde que lo profesaba como una religión, andaba jodido pero contento.

De hecho, todos los que le conocían se maravillaban del hecho de que en sus circunstancias no se hubiera dado a la bebida.

Pero es que el alcohol, el alcoholismo, era otro modo de anular la razón e imponer la fuerza.

También estaba la cocaína, y todo eso ¿con qué fin?

Pues con el de servir de arma a los amantes de la violencia.

Para su opinión, los que lo practicaban con prostitutas, eran tan cochinos o más que las pobres obreras del sexo.

Como él no es de esos, mientras canta, recuerda con dulzura a su amiga y decide declararle su amor, es decir, comprometerse a cuidarla mientras viva.

Marcial sonríe pletórico en medio de miles de manifestantes que alzan su voz frente a la pasividad del gobierno frente a lo que estaba convirtiéndose en un holocausto capitalista, aunque para su gusto, también machista.

Pensaba eso porque según su parecer los valores más guerreros y bárbaros, propios del género masculino, de su gusto por la violencia, estaban imperando.

Para él, más que de una cuestión económica, se trataba de un problema moral.

El hecho de que tantas mujeres murieran asesinadas a manos de sus parejas, demostraba que la humanidad se había vuelto más cruel y sanguinaria que nunca.

El liberalismo le parecía una consecuencia de haber adoptado durante siglos leyes morales fundadas sobre la dominación masculina, la cual parecía haber llegado a su culmen tras las dos guerras mundiales.

Sin embargo no todo el mundo era así.

Él mismo, a pesar de su nombre, era sumamente pacífico, como los que ahora se encontraban protestando en la calle, no sólo en Madrid sino en muchas otras capitales españolas.

Al parecer aquella manifestación estaba convocada por una plataforma que reivindicaba el derecho al empleo, la educación y la vivienda, principalmente.

Si no recordaba mal, aquellos eran los valores defendidos por los comunistas, aunque tras la caída del muro, se había visto que todo había sido una farsa.

Incluso los americanos, cuando habían creído que al otro lado del telón de acero se propugnaban dichos valores, habían tratado de contener la codicia y el resto de pecados capitales, del capital, o del también llamado Satanás.

Pero ahora ese gran monstruo, el mal con mayúsculas, se había desatado y hacía estragos a nivel mundial.

Los hombres asesinaban a palos a las mujeres, y ellas, llenas de lujuria, se ofrecían al primero que pasaba, aún sin considerarse prostitutas a pesar de ejercer el oficio gratis. La gente se maltrataba sin piedad, como las bestias, como su padre había hecho con sus hijos y su mujer.

Pero lo peor era que ahora incluso las clases pudientes, esos que alardeaban de haber ido a la universidad, incluso los políticos de izquierdas o los sindicalistas, se veían atrapados en ese juego sucio, que consistía en adquirir el poder a base de humillar a los demás.

Los alemanes, a la cabeza de Europa, habían sido los primeros en repartir billetes a sus vecinos pobres para hacerles entrar en un perverso Monopoly con el fin de proseguir con la invasión nazi detenida por la armada americana.

Sus enormes todoterrenos, algunos de hasta doscientos mil euros, proliferaban en las calles de ciudades europeas en las que la clase media, como durante los bombardeos, perdía sus casas, su trabajo, y empezaba a pasar hambre.

Algunos países europeos, tras haber entrado en el juego de los perversos poderes financieros y perdido, como el caso de los PIGS, ahora se arrastraban suplicando ayuda.

El placer sádico de los poderosos se basaba en ello, y el gobierno español no era más que un aliado, cómplice y traidor, como el de los colaboracionistas franceses.

Pero para él, quizás por haberse mantenido siempre al margen de ese juego malvado, las cosas comenzaban a ir bien.

Brillaba el sol, y sentía que por primera vez en su vida la suerte le sonreía.

Un americano, precisamente, había venido a salvarle la vida ofreciéndole un contrato como cantautor en un restaurante.

Mónica, con la que se había encontrado en ese momento, se había puesto a dar saltos de alegría, y junto a ella sonríe pletórico de contento.

Marcial, aquella tarde, por primera vez en su vida, se siente afortunado. Eso responderá al hecho de haber encontrado el sentido de su existencia, la canción, pues su espíritu era el de un pájaro cantor. Entonces comprenderá el significado de las palabras sagradas que anunciaban la gloria, el nirvana y la salvación. También entenderá por qué se decía eso de que el cuerpo era una prisión, y que había que mortificarlo para que el alma pudiera liberarse de sus cadenas terrenales. Ya nunca más pensará en su familia gaditana, y dejará de sentir el rechazo contra su padre que le había consumido desde niño, impidiéndole crecer y desarrollarse en el mundo con libertad. Día a día irá madurando, y hasta haciéndose más grande y corpulento, pues ya no le dominará el odio hacia su propio género. Su éxito como cantante y las muestras de respeto hacia su arte, le ofrecerán la confianza en sí mismo de la que había carecido toda su vida. Si cantando había sido capaz de salir del infierno, gracias al reconocimiento público, conseguirá elevarse hasta las estrellas. Después de haber sido un indigente, poder comer, dormir bajo un techo y tener la ropa limpia, le parecerá un lujo increíble. Al fin logrará abandonar la calle Guzmán el Bueno, pues ese apego escondía en el fondo una especie de fijación malsana con un lugar en el que se encontraba atrapado desde su juventud. Se dará cuenta de que aquella obsesión por el barrio estaba relacionada con la música heavy, a través de la cual muchos insurrectos, como él, gritaban denunciando el mal que produce la erradicación de la ternura entre los animales humanos. De hecho uno de los que había sido y será para siempre sus grupos favoritos, Los Suaves, tenía como emblema un gato y su nombre hacía referencia a la suavidad del pelaje de esos animales. Sin embargo reconocerá que no es fácil llevar a cabo la insurrección de amar tiernamente y en libertad, como proponen esperanzadas las letras de muchas canciones. Con una versión muy melódica y un poco flamenca de la ranchera Vámonos, le declarará su amor a su amiga Maite, pero la cosa no saldrá bien. Ella se mostrará demasiado autodestructiva, como la mayoría en la intimidad, por encontrarse condenada eternamente al infierno de los que creen que la agresividad ha ser inherente al sexo. Él tendrá muy claro que no va a repetir el comportamiento de su padre. Para eso había renunciado incluso a existir, y preferiría morir antes de ofrecerle el pornoamor que ella demandaba. Será demasiado consciente del horror que implica practicar el sexo sin estar enamorado como para caer en la trampa que origina todas las conductas inhumanas propias de nuestra especie. Para eso preferirá estar solo, y justo tras haber tomado esa decisión, recibirá la sorpresa más grata de toda su vida. Resulta que la mujer con la que había quedado el 15 de mayo que cambió su vida, gracias a un accidente sucedido ese mismo día, había logrado una especie de lucidez espiritual tan grande que se había convertido en su media naranja. Parecía como si una justicia divina, mucho más poderosa que la humana, hubiera recompensado su pureza. Y ya convertido en un anciano, cantándole dulcemente a su nietecito, se siente un hombre verdaderamente afortunado.